

drid parecía un horno inmenso, y el ronco estampido del cañon, uniendo su voz á la del fuego graneado de la fusilería, cubrian con un eco fatídico y solemne los gritos de los combatientes y los ayes de los moribundos. Cuanto más desesperada era la lucha, tanto más se aumentaba el terror de Cristina y de los polacos refugiados en Palacio, que animaban á Córdova á que redoblase la resistencia, seguros de que si el pueblo se apoderaba de su fortaleza no debian abrigar esperanza alguna de salvacion. Los paisanos, una vez arrojados al ardor del combate y perdido aquel primer temor que se siente en tales ocasiones, habian llegado á un grado tal de intrepidez y coraje que despreciando la vida y ciegos por la cólera y el entusiasmo se batian como veteranos endurecidos en los peligros de la guerra; el ejemplo de los unos animaba á los otros; aumentaban de continuo el número de combatientes; donde caia uno acudian veinte á ocupar su puesto; aquel dia no habia en Madrid ningun cobarde. Avanzaban por lo tanto las barricadas estrechando cada vez más las posiciones que ocupaban las tropas; los soldados principiaban á desmayar ante una resistencia tan obstinada.

Lejos de flaquear el fuego á la caída de aquella tarde, arreciaba con más furor por todos lados, amenazando con que la noche sería aun más terrible: el Gobierno, viendo que no llegaban los socorros que aguardaba, y que sus posiciones cada vez se estrechaban más, conoció aunque tarde que contra la inmensa cólera del pueblo no habia resistencia posible y pensó en transijir: comunicáronse las órdenes oportunas, las cornetas de los puestos militares tocaron *alto el fuego* y este cesó al anocheecer.

La tirania se confesaba vencida, pero con su astuta habilidad encontró un áncora de salvacion para librarse de la venganza del irritado pueblo. La vida de cuantos se hallaban refugiados en palacio, el mismo trono se hallaba en peligro de desaparecer hecho trizas ante la justa cólera del pueblo tan agraviado por sus traidores enemigos: el espíritu de Fernando VII cernióse sin duda sobre la frente de su hija y de los aterrados consejeros que la rodeaban y les sugirió una de aquellas hipócritas y pérfidas conversiones, que en sus dias le habian reconciliado con sus ofendidos vasallos.

La salvacion del trono, el escudo de todos los traidores que le rodeaban fué en aquellos momentos el nombre del duque de la Victoria, de aquel mismo que proscripto y exonerado, calumniado y perseguido de muerte, tuvo que abandonar el suelo de la patria en el año de 1843. ¡El triunfo de la virtud y de la honradez se retardará más ó ménos, pero llega al fin más espléndido y brillante, cuanto mayores han sido sus persecuciones! El nombre nada más del ilustre vencedor de Luchana bastó en aquella ocasion para salvar á sus más encarnizados enemigos. El decreto de la Reina nombrándole presidente del Consejo de Ministros y encargándole de la formacion de un nuevo ministerio, bastó para convertir en entusiasmo y júbilo la indignacion y la cólera del pueblo. Gracias á aquel nombre, símbolo de la libertad y gloria, el trono se sostuvo cuando amenazaba desplomarse, pero la herida que recibió fué mortal y suagonia debia durar catorce años.

Los heróicos patriotas de Madrid prorumpieron en entusiastas vivas á la li-